

Carrera Andrade. Jorge. GOMENASAI: TRES AÑOS EN EL JAPON. REVISTA AFESE 40: enero – mayo. 2004”. EDICION ESPECIAL. Revista del Servicio Exterior Ecuatoriano

Contenido:

“En el vapor ‘Normandie’ de la compañía General Transatlántica hicimos un viaje sin historia desde ‘El Havre’ hasta Nueva York. Cinco días de paseos en el puente y de contemplación de la inmensidad marina. Era la época de mayor auge de los viajes por mar en los lujosos trasatlánticos que ofrecían todas las comodidades a los pasajeros... Apenas pude conocer el interior de la ‘ciudad flotante’ en el breve tiempo que duró la navegación desde el puerto francés hasta el inmenso hormiguero humano de Nueva York.- No niego la inolvidable impresión que me causó la ciudad norteamericana por sus construcciones que parecía exceder a la dimensión establecida por el hombre en otras latitudes de la Tierra de Gullivert, comarca de fantasía, país imaginario, irreal como la estampa de un libro de cuentos, Nueva York me atrajo poderosamente y no pude escapar a su magia... La nieve, esponjosa e inmaculada, venía siguiéndonos desde Nueva York, y un febrero frígido reinaba en toda la extensión del país que descubríamos con curiosidad y deslumbramiento... nos embarcamos en el ‘Nita Maru’ con rumbo a Yokohama, puerto de nuestro destino.- En el muelle de Yokohama nos esperaba una visión distinta: soldados, policías, funcionarios del Imperio, que deseaban hurgar nuestro equipaje y examinaban con curiosidad los letreros pintados en las cajas de libros. El ambiente era el de un país en guerra... El Consulado ad honorem del Ecuador en Yokohama se reducía a una mesa en la oficina del Cónsul General del Brasil. Sobre la mesa había una banderita ecuatoriana y un legajo de facturas y sobordos que el funcionario brasileño firmaba y sellaba con prisa.- No fue fácil instalar el Consulado General en una casa apropiada... El Japón fue para nosotros la revelación de un mundo ignorado... me dediqué a conocer tierras niponas... Mientras caían las primeras flores de cerezo, con su revoloteo de pequeñas alas rosadas, recorrimos Tokio y sus alrededores, Nara con sus santuarios y su parque de ciervos, Kioto florida y musical como una pajarera de oro, ciudad viejísima y luminosa donde la historia es un perfume que embriaga al visitante, Osaka con sus canales y los miles de faroles de sus casas de té, Kobe laboriosa y cosmopolita y, finalmente, Niko, encantador nido formado por piedras musgosas, aguas cantarinas y curvos puentecillos de laca encarnada como una pintura de seda.- A fines de abril, nubes de flores de cerezo, de un color rosado, eran arrastradas por el viento sobre los jardines y los senderos. Mayo añadió a ese color la música persistente de los grillos que parecían multiplicarse por todas partes... No dejó de hacer vibrar mi fibra poética el conjunto del insecto cantor, la rama florida y el incienso religioso y doméstico.- Con los primeros calores del verano, que suele ser húmedo y sofocante en Yokohama, nos refugiamos en la aldea fresca y risueña Karuizawa, situada junto al cráter de un volcán extinto, el Asama, no tan perfecto como el Fuji-san, o Señor Fuji como le llaman sus adoradores nipones, pero circundado de hermosos bosques y otros lugares de excursión... Los inconvenientes y las privaciones de la guerra se dejaban sentir en el Japón con mayor intensidad cada día. La policía había dictado disposiciones para el black-out de la ciudad, en previsión de posibles incursiones aéreas, y había duplicado sus servicios de información y vigilancia.- La guerra cercana originaba espectáculos extraños en los puertos, a la llegada de los barcos de China... La guerra era como el tifón de septiembre que barría ciudades y campos, arrancando de raíz miles de árboles y haciendo volar las techumbres en el aire polvoriento.- Todos sabíamos que, tarde o

temprano, teníamos que abandonar el Japón, ya que los compromisos políticos adquiridos por este país con las potencias del Eje, le empujaban al campo contrario a las democracias que representábamos... Había sonado la hora de la partida. Algunos amigos vinieron a despedirnos a bordo de la nave canadiense 'Empress of Asia'. El señor Kobuchi llegó apresuradamente con un regalo –una cajita envuelta en papel de seda- y desapareció con la misma prisa. La emoción de la despedida fue tal vez la causa de que yo extraviara la cajita del jefe de policía, lo que no sucedió con un limonero enano, ofrecido como presente por uno de mis amigos japoneses, amante de las letras. El *Gaimusho* o Ministro de Relaciones Exteriores, me envió un funcionario de Protocolo para despedirme, lo cual era un honor para el Cónsul General... Mi deber era informar personalmente al Presidente de la República acerca de la situación internacional y exponerle mis temores. Inmediatamente me trasladé a Quito y visité al Presidente Arroyo del Río, a quien manifesté que todo hacía suponer un ataque próximo del Japón a los Estados Unidos y, más o menos al mismo tiempo, una invasión del Perú al Ecuador... ¿Pensó alguna vez el Presidente en mis palabras proféticas o las condenó al olvido?

Fuente: "Revista AFESE 40: 379-395. 2004. enero – mayo. Edición Especial. Imprenta del Ministerio de Relaciones Exteriores. Quito. 2004.